De una composición llamada Michelle

PRUDEN TERCERO NIETO

Capítulo 1

1

Las primeras palomas encienden de primavera la pila bautismal en frente de la Inmaculada de la Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción. Picotean de tarde y elegancia terrazas del bar y de la cafetería de la plaza. Las primeras nubes, ralas, hieren de crepúsculo tras la ermita del Santísimo Cristo, también conocida coloquialmente como torre gorda de Miguelturra.

Un bebé de pocos días, cuando ya la noche tinta de sombras tejados y calles, es descubierto por los ojos sorprendidos de los niños que viven en el centro tutelado en frente de la ermita. Los ojos almendrados del bebé parecen ronronear de alegría y abrir y cerrar sus manillas cogiendo a todo niño pizpireto que acude a él. Michelle, que así se llama la monitora de dicho alojamiento, recoge al niño del cesto donde apenas va arropado con una sabanilla. Al instante se da cuenta de que sus ojos están recubiertos, ayayay, de una pequeña vitela que, conforme le corrobora más tarde el médico del centro de salud de dicha localidad, le impide ver.

Durante los días siguientes, Michelle inicia los trámites en el ayuntamiento para que, mientras se busca a unos padres que quieran adoptarlo, el niño se quede en el centro. Adrián, como así lo acaban llamando, crece siendo un ratoncillo. En cuanto puede se aventura por cualquier rincón y ratonea cualquier resto de comida.

Desde un principio sin que haya unos padres, que se interesen por hacer frente a la múltiple gestión y trámites administrativos para adoptarlo, Adrián destaca por su pericia innata con el piano. Sus manos, conforme crece, siguen las manos diestras y mágicas de Michelle que aletean certeras en las teclas de un piano desvencijado.

Te gustaría sentirte acariciar por los compases que como un ángel interpreta ese niño y que consegue sacar murmullos de asombro y de admiración, tanto de los demás niños como de la monitora. Sí, así Adrián arranca su iniciación al piano.

2

La calle Real se llena de las primeras máscaras que van a poblar dicha localidad estos días de finales de febrero. Las ascuas carnavaleras encienden de negro, rojo y alegría las calles oteadas de ceniza y oro entreverado por los tímidos rayos del sol.

Esta mañana una furgoneta de transportes aparca en frente del centro, donde la ermita del Cristo tiene su portal de entrada. El repartidor trae un

enorme paquete que Michelle en secreto ha encargado. Las manos de todos los pequeñines se abalanzan sobre aquel objeto para desembalarlo y descubrir, con sus ceños algo fruncidos y decepcionados, un piano de segunda mano.

Los ojos de Adrián, a pesar de estar velados, brillan tenuemente cuando sus manos acarician aquel milagroso regalo, casi nuevecito. No puede esperar. Parece olvidar los días que transcurren con su ocioso silencio y soledad sin que unos padres acudan al centro para interesarse por él. Sus manos hollan en las teclas las composiciones que Michelle ha inscrito en su memoria táctil…

Nuevas composiciones y partituras vendrán con el tiempo y, con ellas, el concejal de cultura del ayuntamiento que se interesa por el caso de Adrián, asegurando que hará lo posible para que pueda tocar en el conservatorio municipal. Puedes imaginar la alegría de todos los niños y, naturalmente, de Adrián,impaciente y nervioso, por hacer realidad uno de sus sueños más importantes. Al caer la noche y llenarse del revoloteo de murgas y charangas que se reúnen en torno a la Sardina, pronta a quemarse en la plaza, Adrían cae dormido por fin.

3

Hay un ramoneo de seguidores y procesionantes este día de domingo. La puerta de entrada de la ermita del Cristo, encendiéndose con los piidos de las aves que celebran la primavera, se abre para dar paso al Cristo de la Misericordia quien con gesto afligido se entrega generoso a las calles de esta localidad saludando en primer lugar al centro que nos ocupa y recostándose suave en la mirada castaña y almendrada de la monitora Michelle.

Cuando acaba la soflama de la procesión y del Cristo que se dirige a la calle del Cristo, Michelle pasa pacientemente a los niños al centro, cerrando la puerta tras de sí. Cada niño, si miras atentamente sus gestos y sus palabras, es un latido en su corazón; un acorde que resuena dulce en sus ojos, en sus mejillas, en su frente, en sus manos, siempre resueltas a limpiar, asear, quitar cacas, mocos, etc. Te sorprendería, ahora que están preparando la cena, en su pequeña cocina llena de los gritos de los chicos, escuchar cómo, cuando su voz pronuncia sus nombres, late de forma diferente el nombre de cada niño: Roberto, Luis, Álvaro, Santi, siempre Santi, LuisMi y… Adrián.

MIchelle pronuncia, como tantas veces, el nombre de nuestro protagonista que ha crecido hasta convertirse en un adolescente con energía, pero dentro de ese río hay un latido oculto, oscuro e intranquilo que resuena como una cuerda mal afinada… Tras el talento de Adrián, hay un alma

solitaria, un corazón poco generoso…

Muy pasadas las doce de la noche, las campanas encienden de luz y sonido la plaza del Cristo, serenándose después cuando cada peregrino, procesionante y natural de esta localidad se dirige a descansar porque al día siguiente a de levantarse temprano…

4

El campo desteje maizales y trigueros de sus alpacas, viñedos de su rica uva y los olivos preparándose para su recogida en enero, cuando septiembre viste de fiesta y domingo plazoleta, ermita y a la patrona de este pueblo, la Virgen de la Estrella, para las próximas fiestas.

Este nueve de septiembre cuando llega la invitación para que Adrián participae en una sesión de piano, con piezas de Tchaikovsky, Brahms y Mozart. Imagínate la alegría vigorosa de Michelle, corriendo a abrazar a todos y cada uno de los niños y, en último lugar, a Adrián… Uffffffff.

Los siguientes días te los puedes imaginar con Michelle imprimiendo cada uno de los acordes en las manos de Adrián con una paciencia dulce e infinita. Vuelo que no ceja ni un ápice cuando el día de la sesión las manos de un adolescente ciego encendien sonrisas y aplausos en cada uno de los participantes, rompiendo al final en un aplauso sonoro de los niños del centro que han acudido invitados.

La traca de feria enciende pinedas y encinares en esta localidad de Miguelturra antes de dar inicio a la estación de otoño que destrenza sus cabellos de agua y gris en las calles donde se serena la melodía que aún titila entre ramas y sonrisas adormecidas de niños y Adrián en su lecho.

5

El mes de enero desenreda aún guirnaldas, cortinas del nacimiento, reyes y santa Claus de ventanas y hogares, con sus ascuas de calor y leña, cuando uno a uno animales y dueños se agolpan en la ermita de San Antón en el primer tercio de la calle Real para su bendición por el párroco.

Las cosas se suceden deprisa. Una beca llega a nombre de Adrián para aprender solfeo en un conservatorio gracias a la ONCE. Las fiestas en el centro tutelado que festejan el triunfo. La despedida del muchacho…

Una impresión se queda, para siempre, grabada en el pecho de Adrián y es el abrazo de Michelle… En aquel abrazo encuentra una sensación agridulce: el hondo cariño con que Michelle lo ama y la tristeza que late en ella que, al igual que han quedado impresas en sus manos las letras de las canciones, deja en su alma grabado su imagen como muchacho

solitario y poco generoso… que, a lo largo de los siguientes años, le hace llorar en más de una ocasión.

El hato a cuestas, con sólo sus trajes y su muda, así como sus enseres para su limpieza diaria, abandona el centro que durante más de trece años ha constituido su hogar… rumbo a Madrid donde, gracias a la ONCE, constituirá su nuevo hogar, en un piso cerca del conservatorio de Arturio Soria.

6

Las estaciones de metro de Pinar de Chamartín así como la de Manoteras se convierten en sus herramientas para trasladarse en esa ciudad llena de dinamismo y de prisas a los diferentes museos donde sus manos aprenden a textar las calidades y tonalidades de pinturas y esculturas; a los teatros donde acude para escuchar a profesores de piano y orquestas, ufffffff…

El camino de Adrián, no te vayas a pensar, es arduo. Años de duro trabajo y perfeccionamiento en su destreza y en su oído. Años con profesores de solfeo… Entre nota y nota, aprendizaje y aprendizaje, las manos de Adrián comienzan a percibir el alma de cada una de las cuerdas bien afinadas… La destreza fría y ágil deja su lugar a saber escuchar, a saber percibir… Interpreta una partitura de Mozart con el piano y sus ojos sonríen, como lo hacían ante la presencia de Michelle.

La monitora se sentiría orgullosa, pensaba él, ante la paciencia y dulzura infinita con que guía los primeros pasos de otros niños con discapacidad visual. Ahora él sabe que se llama así y no ceguera como le habían arrojado tantas veces en cara. Su pequeño bastón que le acompaña dondequiera que va le sirve para preparar las lecciones del día siguiente mientras Madrid le saluda con sus numerosos sonidos y texturas de música, sonido y olor…

Sus lecciones y clases lo mantinenen ocupado, en ese maremágnum que constituye Madrid, hasta que años después, hecho un hombre, acompaña a sus alumnos al centro tutelado… Una y otra vez, han transcurrido más de cinco años, ha preguntado por Michelle y el centro y no le han dado respuesta y cuando llegó se le heló la sangre. El centro ha cerrado por la muerte de la monitora… En el viaje de vuelta mientras el ave se conduce silenciosamente entre espigueras y maizales entre Ciudad Real, Toledo y Madrid, no deja de recordar el abrazo de Michelle al despedirse, junto al latido preocupado de la monitora y que ahora se prende a las alas de vencejos y golondrinas que acompañan a la intrépida lanzadera…

7

No puede ver, pero el olor a espliego y hierbabuena de la plaza del Cristo le envuelve al llegar. El pueblo ha ido encendiéndose de grama y oro preparando los tejados y campanarios de su Iglesia de la Asunción y ermita de las monjas, para la llegada de las cigüeñas. Adrián, todo un adulto ya, y con los deberes hechos, acierta a llegar al centro cerrado que a partir de ahora se convertirá en su hogar de aquí en adelante… Todavía no han llegado los niños, pero en sus ojos, a pesar de su vitela, sonríe la misma vitalidad y cariño que mostraba Michelle cuando preparaba las cenas en la cocina…

Podría hablarte de los nuevos alumnos del nuevo y reformado centro tutelado que Adrián abre. Podría hablarte de cómo las estaciones sobrecogen con su ritmo esta pequeña localidad y el latido de nuestros pequeños. Podría hablarte cómo la Once acelera los trámites de adopción de estos niños que al marcharse dejan con una caricia en el alma a Adrián. Podría hablarte de tantas cosas… sobre este centro… sobre sus pequeños… sobre Adrián… sobre las risas de Michelle que prende sus alas leve pero cálidamente alzando su vuelo entre los tejados de esta pequeña localidad…